



Presentación de Otra Educación

Eugenio Severin

Quiero empezar agradeciendo el enorme privilegio de estar hoy día frente a ustedes y poder compartir hallazgos y reflexiones.

Tal vez muchos de nosotros damos por obvio que podemos tener el tiempo, las ganas, el apoyo y los conocimientos que nos permiten pensar lo que pensamos y compartirlo de mil maneras en cada lugar.

Pero no. Es un enorme privilegio del que no gozan la mayoría de los seres humanos que habitan la tierra, que viven en la pobreza, la falta de oportunidades, la guerra, la opresión o la soledad.

Y hay muy poco de mérito y mucho de suerte en este privilegio.

Nacer en la familia correcta, en el país adecuado, en el momento oportuno. Gozar de buenos amigos, buenos jefes y mentores. Encontrar el amor, compartir la vida, tener hijos sanos y valientes. Crear y sostener iniciativas que dan sentido a nuestro trabajo cada día.

Este libro no hubiese sido posible sin todos esos regalos y bendiciones recibidos gratuitamente, y sin la conciencia de que nuestra responsabilidad ética como seres humanos, y particularmente como educadores y enamorados de la educación, es trabajar para que esas oportunidades y regalos estén disponibles para todos y todas.

Quiero agradecer a cada uno de ustedes que me regalan su presencia hoy día aquí, que me acompañan en este evento para celebrar el fruto de 30 meses de trabajo y que me acompañan desde el cariño de la amistad, del gozo sencillo que ofrece el compartir el camino.

Permítanme particularmente traer aquí el recuerdo de mi mamá, que estaba viva cuando comencé a escribir este libro y que hubiese disfrutado mucho estar aquí sentada.

Agradezco especialmente a aquellos que me acompañaron en la escritura de este libro:

Santiago Rincón-Gallardo con el que nació la idea,
Cecilia y mis hijos Santiago y Emilia que me animan y soportan con paciencia infinita,
Celia Alvariño, socia de aventuras educativas,
el equipo de Tu Clase de los que he aprendido tanto.

Por supuesto, agradecer a tan sabios y generosos amigas y amigos que me acompañaron este tiempo comentando el texto y su contenido, sugiriendo correcciones, precisiones y mejoras. Varios de ellos y ellas están aquí. En el libro y en mi corazón han quedado registrados sus nombres. También a Michael Fullan, por tan generoso prólogo, y a Hernán, Rosita, Claudio y Cony, por aceptar la invitación a participar de este encuentro.

Con la esperanza de que en alguna parte y de alguna manera me escuchen, quiero agradecer a tantos hombres y mujeres que a lo largo de la historia han pensado la educación, la enseñanza y el aprendizaje. Filósofos, científicos, antropólogos, pedagogos, psicólogos, sociólogos, docentes, que dedicaron su trabajo y su vida a imaginar y trabajar el desafío educativo, siempre complejo, en los contextos, muchas veces adversos, que les tocó vivir.

Y quiero agradecer a los profesores y profesoras del mundo. Estoy convencido de que no hay tarea más noble, más importante y difícil que ser educador, especialmente de niñas y niños, especialmente en estos tiempos. Me emociona recordar los rostros de docentes que, apasionados por el aprendizaje de sus estudiantes, crean, proponen, diseñan e implementan experiencias de aprendizaje cuidadosas, respetuosas y entusiastas. Los que viven con curiosidad y humildad su vocación, sabiéndose siempre aprendices. Los que se sostienen a pesar de los sueldos bajos y la falta de reconocimiento, en salud y en pandemia, junto a sus estudiantes en las escuelas.

¿Qué clase de país somos si no ponemos más empeño en apoyarlos y reconocer su trabajo, imprescindible y complejo, con condiciones más justas?

Finalmente, quiero agradecer a Andrea Palet, por editar con rigurosidad y apostar por un libro algo distinto de lo que la editorial publica regularmente, por confiar en él. Junto al equipo de la editorial Laurel, Thomas, Paula y Mariana, un equipo pequeño pero que trabaja con un rigor y un cariño que solo puede augurar grandes logros: han tratado el texto con un profesionalismo del que espero el resultado esté a la altura.

El libro nació de algunas preguntas:

¿Qué entendemos hoy por aprendizaje?

¿Qué dicen las ciencias acerca de él?

¿Cómo sabemos que está ocurriendo?

¿Cómo se ve?

¿Cómo se implementa para que sea profundo y efectivo?

Tendemos a hablar de aprendizaje con naturalidad, como si fuera evidente que tenemos una definición actualizada y compartida entre todos. Pero mi experiencia me dice que no es así, que conviven creencias, convicciones, mitos y comprensiones diversas en torno al aprendizaje que de alguna manera explican, al menos en parte, por qué nos cuesta avanzar.

La primera parte del libro, que abarca los primeros cinco capítulos, es la crónica de esa exploración. Una travesía en la que interrogo y dialogo con pensadores y pensadoras que desde distintas disciplinas y momentos han trabajado en torno al aprendizaje.

En el primer capítulo me interno en el, muy difícil para mí, mundo de la neurociencia: la biología y la química del aprendizaje.

En el colegio fui un alumno bastante mediocre de estas disciplinas así que aprovecho de pedir disculpas a mis profesoras y profesores a los que puse tan poca atención.

El cerebro, y el sistema nervioso central en general, es un dispositivo estructurado en torno al aprendizaje. Capta y selecciona información relevante del entorno, la filtra y ordena en la memoria, la recupera y conecta para ayudar nuestra toma de decisiones y acción en el mundo. Solemos decir coloquialmente que la comprensión supera al “aprender de memoria”, pero lo cierto es que todo aprendizaje, incluida la comprensión profunda, reside en las memorias, en la capacidad de crear redes neuronales conectadas de manera intensa, repetida y rica. Mientras más conexiones logramos crear, más capacidad generamos para seguir aprendiendo. Lamentablemente, lo contrario también es cierto, por eso es tan importante la base de conexiones de sentido que la escuela crea en los estudiantes, especialmente en las ventanas de oportunidad que se nos ofrecen en la infancia.

El capítulo dos explora, desde la psicología, lo que podríamos llamar el “sistema operativo” del que disponemos para el aprendizaje: cómo funciona la mente, la conciencia, los dispositivos de la atención y la motivación, el papel de los sesgos.

Me pareció especialmente interesante la forma en que los seres humanos desarrollamos la conciencia acerca de nosotros mismos, y el papel de las emociones para modelar la forma en que nos percibimos y actuamos en el mundo. El homo sapiens parece ser bastante menos racional de lo que a veces suponemos.

En los capítulos 3 y 4 nos cambiamos de disciplinas, a la historia, la antropología, la sociología, para recorrer las respuestas que hemos dado a los desafíos del aprendizaje, desde la aparición de la vida en la tierra.

Literalmente, el texto parte hace 4 mil millones de años cuando el surgimiento de la vida activa dos mecanismos complementarios: la homeostasis (que nos invita a cuidar el equilibrio que permite la supervivencia) y el ensayo (mecanismo de innovación que nos invita a probar el cambio y la variación). Sostengo que esos mecanismos están en la base de

los procesos de aprendizaje humano que desarrollaremos millones de años después y que nos acompaña aún en nuestros días.

De la revisión histórica de esos dos capítulos, desde la prehistoria hasta nuestros días, extraigo la distinción de cuatro finalidades que ha tenido la educación a lo largo de toda nuestra vida en la tierra:

1. En primer lugar, aprendemos para conocernos a nosotros mismos, construir nuestra identidad, formar nuestro carácter, aprender a gestionar nuestras emociones y principios. Mediante el aprendizaje nos construimos nosotros mismos, para resolver quiénes somos y queremos ser;
2. Aprendemos, en segundo término, para vivir con otros, reconocer el valor de la diversidad, aprender a colaborar, a comunicarnos y a formar comunidades. El aprendizaje es social, aprendemos imitando y siguiendo a quienes nos importan; pero, además, por su intermedio, desarrollamos vínculos que nos sostienen, nos proveen sentido y nos permiten caminar en compañía;
3. En tercer lugar, aprendemos para actuar en el mundo, que es desarrollar los conocimientos y habilidades que nos permitan “conformarnos” (reconocernos como parte de sociedades con sus reglas y cultura) y “transformarnos” (para hacer crecer a esa misma comunidad). Este es el terreno más visible de la educación formal que conocemos, donde adquirimos conocimientos y desarrollamos las competencias que nos permiten desempeñarnos como ciudadanos constructivos y trabajadores eficaces;
4. Finalmente aprendemos para seguir aprendiendo a lo largo de toda la vida, desarrollar la curiosidad, el pensamiento crítico y la creatividad que nos permitan mantener la mente abierta y flexible. En un mundo que cambia rápidamente, la capacidad para aprender, des-aprender y re-aprender se vuelve fundamental.

Cada vez que olvidamos o minimizamos alguna de estas cuatro finalidades, ofrecemos una pobre experiencia educativa.

El capítulo 5 cierra la primera parte recurriendo a la filosofía, y particularmente a la ética, para preguntarnos por el sentido y propósito del aprendizaje. Aprendemos para muchas cosas, en lo básico para sobrevivir, pero en última instancia, aprendemos para ganar la autonomía, para ser libres, y siendo libres, vivir bien, ser felices, gozar de la vida plena que nos da el sentido y la satisfacción para estar aquí.

La segunda parte del libro, se adentra en la experiencia del aprendizaje hoy en día. Comienza, en el capítulo 6 describiendo el núcleo pedagógico, que es el lugar y momento en que se ejerce y juega el aprendizaje: el encuentro de maestros y aprendices en frente de objetos de conocimiento.

Aquí pongo en cuestión la estructura jerárquica, vertical y unidireccional de la educación industrial y estandarizada, para apoyar una comprensión renovada de un núcleo pedagógico más horizontal, dinámico, que favorezca la diversidad, la colaboración y el sentido social del aprendizaje.

La educación industrial, estandarizada y jerárquica nos regaló la posibilidad de ampliar la cobertura y hacer posible el acceso a millones de niñas y niños que, de otro modo, hubiesen tenido pocas oportunidades para el aprendizaje formal. Pero si se trata del aprendizaje humano profundo e integral, creo que estamos llamados a superar ese modelo, cuidando lo mejor de su aporte, pero transformando la experiencia de docentes y estudiantes de manera significativa.

En el capítulo 7 profundizo en el papel que tienen precisamente, los maestros, los estudiantes y las definiciones del contenido a aprender, para favorecer esa estructura renovada de la experiencia de aprendizaje.

El capítulo 8 nos aproxima a los otros participantes clave del aprendizaje: líderes y directivos escolares, las familias y las autoridades que gobiernan los sistemas educativos, en cualquier nivel. Como digo en la introducción del libro, no es un manual de prácticas de liderazgo escolar, ni una guía paso a paso para padres y madres, ni un paper de políticas públicas. Apenas aspiro a que, en este capítulo, cada uno de estos actores encuentre reflexiones, ideas y distinciones que alimenten y enriquezcan sus decisiones en cada nivel.

Finalmente, en el capítulo 9 propongo mirar algunos de los desafíos más relevantes que enfrentamos hoy, de cara al futuro, para conectarlos con la responsabilidad que tenemos como educadores. Las crisis de la democracia, la economía y el medioambiente, y la irrupción de la inteligencia artificial, la robotización y la ingeniería genética, nos enfrentan a un momento histórico de cambio e incertidumbre sin precedentes, en el que literalmente está en juego nuestra supervivencia como especie, o al menos la forma en que la hemos resuelto hasta ahora.

Estoy convencido de que estos desafíos no los resolveremos nosotros, sino las generaciones que nos siguen, y que lo harán con las herramientas, valores, creencias y habilidades que podamos formar en ellos, en nuestras escuelas, hoy. En este momento histórico, salvar a la humanidad probablemente ya no sea tarea de políticos, ingenieros, científicos, médicos o abogados, sino tarea y misión de educadores. Ese es el tamaño de nuestro desafío.

Quienes lean el libro, encontrarán en él muchas citas, referencias, recomendaciones de lectura y una larga bibliografía. Es mi manera de rendir homenaje a tantas y tantos, que antes de nosotros, han reflexionado y aportado a la tarea del aprendizaje. Y es una forma de invitarlos a ustedes, los lectores, a hacerse parte y continuar ese diálogo.

A lo largo del libro construyo una definición de aprendizaje que, aunque demasiado larga, recoge los elementos clave de nuestra experiencia humana. Aprender “es el proceso biológico, cognitivo, emocional y social de construcción de modelos de conocimiento y sentido en nuestras mentes, que sustenten nuestras decisiones y acción en el mundo, con el fin de desarrollarnos plenamente y cuidar la vida propia y de la comunidad”.

Mi aspiración es que este libro abra nuevos diálogos, en todos los niveles.

- En el hogar, donde padres y madres puedan reflexionar sobre la mejor forma de acompañar a sus hijos e hijas en el camino del aprendizaje.
- En escuelas, donde docentes y directivos se pregunten cómo pueden ordenar sus creencias y prácticas hacia formas más efectivas de aprendizaje profundo para todos sus estudiantes.
- En espacios de formación docente, para actualizar miradas y prácticas.
- En responsables de políticas educativas, para que sus propuestas, iniciativas y normativas estén mejor alineadas con el conocimiento disponible acerca de cómo funciona el aprendizaje y cuáles son los contextos productivos para su desarrollo.

Hoy más que nunca necesitamos “otra educación”. No como utopía inalcanzable, sino como práctica viva que ya germina en muchas escuelas. Lo he visto en salas de clase concretas, en muchas experiencias que algunos de ustedes mismos implementan en sus trabajos, en la creación activa de redes de colaboración, en mi propia experiencia escribiendo este libro con la compañía y complicidad de muchos de ustedes.

En tiempos de incertidumbre y colapso, podemos y debemos hacer de la educación un espacio de consolación, de sanidad, de cuidado, de gratuidad, de encuentro.

Un espacio de resguardo del espíritu humano.

Los quiero invitar no solo a leer el libro, sino a usarlo como excusa para mejores conversaciones sobre nuestra tarea y nuestro propósito.

Yo espero que este libro nos ayude a recordar que educar

- no es transferir datos, es despertar conciencias;
- no es preparar para el empleo, sino para la vida entera;
- que no enseñamos para competir, sino que para compartir;
- que no se trata de adaptarse y obedecer, sino de discernir y desplegarlos;
- que no formamos adultos útiles, sino seres humanos íntegros;
- que no sacamos nada con que las personas aprendan contenidos y competencias, si junto a ello no aprenden la ternura, el perdón, la belleza, la bondad y la búsqueda de la verdad.

Aprender es descubrir quiénes somos y desarrollar en nosotros a quien queremos ser, como individuos y como comunidad.

Educar, es sembrar y hacer posible el futuro.

Gracias por ser parte de este camino. Sigámoslo recorriendo juntos para asegurar que otra educación sea posible, para todos.